

Su Majestad la Olivera

Tanto el lugareño de Vilvestre como el senderista visitante que se sumerge en los vericuetos de los olivares, no pueden evitar quedarse extasiados al contemplar esas majestuosas oliveras centenarias que se entrecruzan por doquier en su camino, dando lugar a un paisaje cautivador y relajante en los numerosos bancales que se han ido conformando gracias al infatigable trabajo de generaciones de labradores a lo largo del tiempo.

El oriundo de la tierra, como poseedor de la sabiduría popular ancestral que se ha ido transmitiendo de generación en generación, le explica al visitante que este milenarismo árbol recibe por aquí el nombre femenino de olivera en lugar del masculino olivo, pues es práctica común en la ribera sur del Duero hacer las terminaciones frutales en –era, comprobándose también en otros cultivos propios de la zona como la naranjera o la almendra.

El campesino recuerda con nostalgia aquellos tiempos en los que el cultivo de este mayestático árbol de hoja perenne y delicioso fruto era muy laborioso y artesanal, con total ausencia de maquinaria; volviendo a bullir en su cabeza los recuerdos de tantas aradas, podas, vareos, apañadas del preciado fruto en las frías mañanas de diciembre y acarreos en mulos a las trojes para conseguir finalmente el codiciado oro líquido del AOVE, sin olvidar las riquísimas aceitunas como aperitivo y complemento de múltiples platos.

Por su parte, el senderista, más imbuido de conocimientos teóricos sobre la historia del árbol, hace referencia a su nombre científico “*Olea Europaea*”, a su origen en Asia Menor y a su propagación inicial por el Mediterráneo; si bien actualmente su cultivo se encuentra extendido por una gran parte del mundo.

El fascinante paisaje olivarero sigue evocando en nuestros protagonistas los remotos tiempos en que fenicios, griegos y romanos introdujeron el cultivo del olivar en nuestra península Ibérica y comentan cómo a pesar de encontrarse en un paisaje interior, lejos de la brisa mediterránea; no obstante en estas arribes se dan unas condiciones de microclima cuyas características lo hacen idóneo para el cultivo de este milenarismo árbol.

El tiempo transcurre inexorablemente y la temperatura empieza a subir, por lo que el lugareño y senderista deciden emprender el camino de retorno al pueblo, mientras continúan cambiando impresiones sobre otros aspectos de la cultura del olivar, mencionando a poetas como Machado, Lorca y Alberti que han versificado emotivas composiciones dedicadas tanto a la olivera como a su fruto; así como la grata remembranza de aquellos juegos olímpicos de la Grecia clásica en los que a los ganadores se les coronaba con una rama de olivo. No olvidan tampoco nuestros personajes, retrotrayéndose al pasaje bíblico del diluvio universal, el emblemático simbolismo de la paz que representa la paloma con la rama de olivo.

Con estos recuerdos llegan finalmente los dos personajes al bar del Rollo para descansar y reponer fuerzas con una bebida refrescante acompañada de un aperitivo inexcusable: unas aceitunas de los olivares, primorosamente aliñadas al uso del lugar.